

No puede ser. No podemos morir aquí, piensa, con una calma que le sorprende, con frío desapego.

Anochece, y a sus espaldas el herido se contorsiona, desangrándose poco a poco, pálido como un espectro. Se mira las manos teñidas de sangre, las que aún sostienen la flecha india.

Hasta aquí hemos llegado, se dice mientras acaricia el filo de pedernal de la punta. Tal vez es más de lo que esperábamos o es justo lo que merecíamos.

Los otros siguen atentos a la oscuridad creciente, enfilados los cañones de los fusiles, sin querer desperdiciar ni una sola bala, hacia la espesura tenebrosa de la que, de cuando en cuando, vuelan flechas, como lluvia de alacranes.

Hasta aquí hemos llegado, se repite. Esto ha sido todo. Esto ha sido la vida, y, a qué engañarnos, ha sido más bien poca cosa. Algunos vicios, algunos placeres, muchos dolores, algunos pesares. Eso ha sido todo lo fundamental, el resto fue accesorio y casi siempre fruto del azar. Nacer en una buena familia, acceder a la educación, no pasar hambre, es lo que le ha distinguido de la inmensa mayoría de la humanidad. Este es un mundo de desheredados y él no lo es, y ahora, mientras sostiene la flecha ensangrentada en las manos, mientras caen otras, mientras su compadre se desangra, asume que ser pobre o no serlo, ser feliz o ser afortunado casi nunca depende de cada cual. Todo es azaroso en esta vida maldita. Divina providencia hay quien lo llama. Casualidad simple, burda, injusta, indiferente, enredadora.

Resopla, algo molesto, no porque le tenga miedo a la muerte, sino porque llega de forma inoportuna. No me viene bien morir esta noche. Sólo necesito unos pocos días más.

Pero la pelona no sabe de compromisos, ni de deberes. Faltará a su palabra, incumplirá el mandato del virrey, apenará a sus padres, todo eso sucederá cuando él muera.

Estábamos cerca, maldita sea, reconoce cada vez más fastidiado.

Cae otra flecha. Ha marcado una parábola generosa y ha ido a clavarle a dos metros de él.

Alguno de los suyos maldice, muy a lo mexicano. *Güevones*, hijos de la mala vida, a ver si la siguiente me la hincáis en la mismita reata, y se aprieta con furia la entrepierna. Ya se *los* dije, compadres, que no puedes fiarte de un pinche indio.

Y allí, en medio de la fría noche, Joaquín, asume que ese hombre tiene razón, que los indios no son gentes de confianza.